

JUVENTINO ROSAS Y LA MUSICA
POPULAR DE SU EPOCA

(1880-1890)

Por RUBÉN M. CAMPOS †

La popularidad que ha tenido durante mas de 50 años el vals *Sobre las olas*, de Juventino Rosas, hoy universal, nos brinda la oportunidad de hacer un breve estudio de la música mexicana que floreció hace medio siglo, y que es interesante porque no estuvo contagiada por ninguna influencia extraña. El repertorio de música A. Wagner y Levien, de la ciudad de México, fundó el año de 1887 una publicación mensual con el nombre de *La Aurora*, que envió a toda la República; y a la sola aparición del prospecto en que invitaba a todos los músicos populares a componer música, de todos los ámbitos de nuestro país acudieron multitud de composiciones musicales que revelaban una labor entusiasta, hecha por gusto, por el placer de componer, como es un placer íntimo para el escritor escribir, y para el pintor pintar.

Evidentemente que no brotaron esas composiciones musicales ex abrupto, no más porque había una oportunidad de publicarlas; sino porque aquellos músicos componían por el placer de componer, y si había la oportunidad de publicar, tenían derecho a aprovecharla para hacer participar a su país del placer que gozaban sus conterráneos en el lugar donde vivían. La sanción de que una composición es bella no la da el músico que la compone, aunque hay músicos mediocres que gozan con su mediocridad, sino el auditorio que la escucha, y animado por esa aceptación unánime, puede el músico comprobar que su obra es bella, y enviarla a una casa editorial con la seguridad de que será publicada.

Este fué el caso de las ediciones Wagner y Levien, que distribuídas

en toda la República, despertaron un interés vivísimo en los músicos, quienes se apresuraron a escribir para piano composiciones que habían escrito para pequeña orquesta, anotación en la que eran duchos por integrar ellos las orquestas que a veces dirigían, y porque conocían a menudo prácticamente todos los instrumentos cuyos efectos y extensión no ignoraban, puesto que los tocaban y no pocas veces los dominaban, es decir, los tocaban a la perfección. No conociendo la escritura polifónica en el pianoforte, sus versiones para piano eran pobres de armonización desplegada, y se concretaban a reducir los contrapuntos de la orquestación a una sencilla melodía cantante, acompañada de una segunda voz y de la acentuación monorrítmica binaria o ternaria, que no era desdeñada por los grandes maestros en las composiciones de movimiento raudo, como en los valses de Chopin.

La revelación de los estilizadores del vals y de la mazurka en la época romántica —Chopin, Brahms, Liszt, Tausig—, llegó muy tarde a la capital mexicana, donde hasta 1890 fueron tocados los valses de Chopin, muerto en 1849, en el Conservatorio Nacional; y los Lieder en forma de vals de Brahms, compuestos en 1867, no son conocidos sino por músicos cultos de hoy. En cuanto a los valses vieneses de Lanner y Strauss, tocados con una orquesta mexicana por el músico austriaco Sawerthal, traído por Maximiliano, no pasaron de los bailes de la corte imperial y no pudieron ser oídos en las ciudades lejanas del interior del país, por la falta de comunicaciones en aquella época, y menos en las poblaciones pequeñas donde no había pianistas que tocaran reducciones para piano, de la música vienesa entonces en boga.

¿De dónde, pues, tomaron sus modelos de buen gusto los compositores populares mexicanos? Es éste un curioso problema que es necesario plantear, aunque no lo resolvamos. Es interesantísimo hacer notar que Vicente Cordero, de Guadalajara, sin más que las nociones rudimentarias que le diera su maestro don Clemente Aguirre —todo artista necesita de un maestro, aunque sea en sus rudimentos— haya compuesto melodías tan exquisitas como *El borrachito*, *El catrín*, *La casada*, que aparecen en mi libro *El folklore y la música mexicana* y que fueron tocados y cantados en nuestro país durante muchos años. Cordero compuso muchas piezas bailables, entre ellas el vals *Amame*; las mazurkas *Felisa*, *Soñé y lloré*; las polkas *Isabel*, *Caricias de amor*, *Yo quiero bailar*, *María*; el schottisch *Entre flores* y otras, todas con el delicado numen del músico. Luis G. Araujo, de Salamanca, poseía también una concepción delicada de la belleza melódica.

ca, que si hubiera tenido otros medios de expresión hubiera perdurado. Sus schottischs *Un recuerdo a Salamanca*, *El canto del cisne* y *Beldad de la luna*, son melódicamente muy hermosos. ¿Qué importa que un movimiento rítmico pase de moda, como el del schottisch, aunque sea tan bello en su identidad con el *fado* portugués, si un lector de música puede en cualquier momento del tiempo encontrar una belleza melódica en una página que se guarda como un recuerdo de una época? Toda producción intelectual está condenada a morir; pero una página de música subsiste a pesar de que haya pasado de moda, si es una página de arte. Y aun cuando mueran, hay que recordar que estas piezas populares llenaron una época de nuestra historia musical.

Otros compositores populares hay del valor de aquéllos, como Genaro Codina, de Zacatecas, que compuso las danzas *Lola*, *Ensueño*, *Sonrisa y llanto*; el vals *Primavera de la vida*; las mazurkas *Una confidencia* y *Alma querida*. Victorio M. del Oro, de Durango, fué autor de las mazurkas *En ti pienso y Luisa*, el vals *Primavera y juventud* y las danzas *Lupe*, *Tu mirada*, *Vivir y amar*, que gustaron mucho. Tomás León, de México, compuso bellas mazurkas, las polkas *Siempre alegre* y *La Azucena*, las danzas *Dame tus ojos y lo pensaré*, el vals *Amistad*, que es tan bello como los más famosos valses, y el nocturno *Las gotas de rocío* que todos nuestros pianistas de la época tocaron. Francisco J. Navarro, de Celaya, compuso lindas piezas que fueron popularísimas, como la danza *María* y el schottisch *En el silencio de la noche*, además de muchas otras. Ignacio Tejeda, de Lagos, fué un compositor muy popular cuyas composiciones como las mazurkas *Gemidos del alma*, *Todo por ella*, y los valses *Mecido por las Hadas* y *Entre violetas*, fueron tocados dondequiera, así como tantas otras obras del mismo autor. Hubo muchos compositores populares en esa época: Apolonio Arroyo de Anda, cuya mazurka *Dentro del alma* le dió fama; Casimiro Alvarado, Emiliano Correa, Emilio Escandón, Rosendo García, Pedro N. Inclán, Francisco de P. Lemus, Angel Viderique, Fernando Villalpando, Tiburcio Saucedo, Vicente Méndez, Teófilo Pomar, Velino M. Preza, Miguel Planas, Eduardo Tornel, Trinidad Moreno, Isaac Calderón y tantos otros que alcanzaron la publicidad aunque apenas publicaron unas cuantas composiciones. Los músicos Felipe Villanueva, Ernesto Elorduy y José de Jesús Martínez, que compusieron bellísimas danzas y bellísimos valses, surgieron más tarde. Los nombres de los compositores inéditos se han perdido y sus obras se han extinguido. Otros gustos, otros bailes han sustituido a aquéllos, y las estaciones difusoras de radio han abierto a nuestros

músicos populares los inmensos horizontes del arte mundial, así como los fonógrafos les llevan modelos en todos los géneros de música, menos en los bailes que la moda archivó para sustituirlos por los que privan hoy.

Pero sucede a veces que de una literatura musical queda alguna composición esencialmente popular para resistir al tiempo, al través de las modas que van y vienen. Y esa composición, en la literatura musical mexicana, es el popular vals *Sobre las olas*, de Juventino Rosas. Este músico fué acaso el más humilde de toda la pléyade de compositores enumerados. No tuvo de niño educación musical, a no ser la rudimentaria de su padre que sin saber solfear le puso el violín en las manos, según la frase de los músicos populares. Nació en el antiguo pueblo de indios de Santa Cruz, del Estado de Guanajuato, de una familia de músicos, como son casi todas las familias del pueblecito lírico, el 25 de enero de 1868, y desde niño fué traído a México. Desde que empezó a tocar empezó a componer, y la facilidad que tenía para concebir melodías se tradujo en facilidad para fijarlas en el pentagrama, así como para tocarlas en cualquier instrumento. Esta afirmación no es exagerada. El autor de estas líneas conoció y trató durante cinco años en la ciudad de León, a tres excelentes músicos del pueblo de Santa Cruz, don Simón García, padre de don Jesús García, y don Daniel Sámano, padre del pianista don Miguel Sámano. Los tres primeros tocaban todos los instrumentos musicales y don Jesús García era, además, un compositor intuitivo, autor de bellas danzas que todavía hoy se recuerdan con agrado.

Un conterráneo de Juventino Rosas, don Juan Galván, envió en 1909 una correspondencia a *El Imparcial* de México, con los siguientes detalles de la vida de bohemio del compositor en sus primeros años de lucha: "Juventino Rosas llegó a México en 1875, tocando en el "ante", costumbre tradicional que se perdió para siempre en México y que consistía en vender "ante colimote", un dulce sabroso, en una especie de barquillo empavesado con banderitas de colores y guirnaldas de papel picado, que uno de los vendedores traía en la cabeza mientras cantaba y con las manos percutía una pandereta, y los que lo acompañaban cantaban y tocaban un arpa y un violín, formando un conjunto agradable. Ninguno de los famosos violinistas de los fabricantes europeos de que hacen gala Sarasate o Kreisler poseía Juventino, que tocaba un violín de pino de la sierra; su hermano Manuel punteaba la guitarra y su padre Jesús Rosas el arpa. Era, pues, de una familia de músicos, como casi todos lo son en Santa Cruz de Guanajuato, músicos callejeros, especie de rapsodas que improvisan en las pla-

zuelas. Además de Manuel y Juventino tuvieron Jesús Rosas y Paula Cárdenas, una niña que se llamó Patrocinio. La miseria, causa corriente de emigración, determinó el éxodo de la familia Rosas hacia la capital, centro de atracción de todos los puntos del terruño. La familia emprendió el viaje a pie, solamente la madre iba en burro. De paso daban audiciones en los sitios de tránsito para ayudarse en su viaje. Llegaron a México en julio de 1875, tocando el ante, y más tarde lograron tocar con los hermanos Elvira en música para bailes, cuya escoleta se hacía en la calle de Donceles. Juventino vivió en los Baños del Padre, situados en la calle de la Amargura, que antaño fué un lavadero y cuya vetusta vecindad se conserva aún. Mientras tocaba en el grupo de cuerda, guitarra, arpa y violín, al derredor del “ante”, Juventino para ayudar a su familia fué campanero de la iglesia de Tepito, y después de llamar a los rezos bajaba a canturrear en el coro. De ahí pasó a la vida agitada de la música para baile, entre fiestas y parrandas que costaron la vida a su hermano Manuel, muerto a puñaladas. Tanto los Elvira como después los Aguirre, también filarmónicos, prestaron su ayuda a los Rosas. Los Aguirre fueron asimismo músicos de fama genealógica en Santa Cruz de Guanajuato. Uno de ellos fué violinista de la compañía de ópera de Angela Peralta, y Abel Aguirre fué maestro de Capilla y tocaba muy bien el órgano, a pesar de estar lisiado de un brazo. En 1909 vivía aún en Santa Cruz un descendiente de los Aguirre tan inspirado como Juventino, compositor de danzas moriscas al estilo de Elorduy, entre las cuales gustaba mucho *Mi última ilusión*. Juventino Rosas se inscribió como alumno del Conservatorio, donde aprendió a solfejar, y ya tocando por nota era tan buen músico, que pudo ir tocando el violín con la compañía de ópera de Angela Peralta hasta la muerte en Mazatlán de la diva mexicana. Las composiciones de Juventino Rosas alcanzaron popularidad tanto en México como en el extranjero, y merecieron en España un elogio de Lucinas de Mari. Las más gustadas fueron *Te volví a ver*, *Sueño de las Flores*, *Carmen*, *Ensueño seductor* y *Sobre las olas*. En ocasión del Centenario de Cristóbal Colón, se publicaron algunas otras composiciones que fueron acogidas con aplauso”.

Se abre aquí un paréntesis pintoresco en la vida del compositor. Por el año de 1886, abatióse sobre la ciudad de México una gran penuria, y Juventino, que carecía de lo necesario para vivir y que ya no podía seguir su antigua vida de vendedor de ante, porque otros horizontes habíanse abierto a su espíritu de dieciséis años, aceptó la invitación que le hicieron sus amigos Fidencio Carvajal y Cornelio Cedillo, para que fuera a pasar una

temporada en el pueblo de Cuautepec, de donde eran originarios. Había hecho amistad con ellos en la capital, en una vecindad de la calle del Puente de Leguizamo. Para que no rehusara Juventino la invitación, le propusieron y aceptó ser maestro de primeras letras y de música en Cuautepec, pues había tenido que aprender la instrucción primaria para ingresar al Conservatorio, y en torno de él se formó un grupo de músicos adolescentes a quienes instruía, y que aprendieron con la facilidad de transmisión con que había aprendido Juventino en Santa Cruz, de oído, y que es general en nuestro país en los pequeños lugares donde ha habido un maestro primitivamente, como en Paracho, Cocula, Jarácuaro, Silao y tantos otros centros musicales populares. En ese pueblo de Santa María Cuautepec, que entonces pertenecía al distrito de Tlalnepantla, y hoy al municipio de Guadalupe Hidalgo, Juventino Rosas vivió de 1884 a 1887, y allí compuso varias de sus obras, entre ellas *Sobre las olas*, pues los dos honorables vecinos de Cuautepec ya citados dan testimonio de ello, y presentan documentos firmados por las autoridades que dan fe de su aserto.

Juventino estaba enamorado de la señorita Mariana Carvajal, hermana de su amigo Fidencio, y los amigos supervivientes del músico dicen que mientras ella lavaba en el río, Juventino, sentado en el ribazo norte, concibió y compuso para ella en su violín el vals *Sobre las olas*, que primero se llamó *A la orilla del arroyo*. Esto pasó el año de 1885. En el lugar en que Juventino anotó después las melodías del vals, número tras número, en varios días, pues era su sitio preferido para componer, sus amigos han erigido un pequeño pedestal para una placa de mármol en que se lee: Al inspirado *Juventino Rosas*.—*Sobre las olas*.—12-2-932. El pueblo de Cuautepec es simpático por su tradición. Se cuenta que una águila sobre una piedra (Cuautepec) dió el nombre a aquel lugar de la montaña vecina al Tepeyac, donde los aztecas precortesianos fundaron un pequeño clan. Una águila arqueológica de piedra, que hoy está sobre una cornisa de la iglesia, da testimonio de la leyenda. El pueblo ha crecido desde 1918, año en que el Presidente Carranza se trasladó a hacer personalmente la primera repartición de tierras ejidarias que se hizo en la República, con satisfacción de todo el pueblo, que hoy ha ido extendiéndose hacia la parte baja, donde hay tierras propicias para cultivar. La fotografía en que aparece Juventino Rosas con su violín es la Orquesta Reina, y está formada por Norberto Carrillo, de Cuautepec, que tocaba el trombón y que fué el amigo más íntimo de Juventino Rosas, que lo acompañó a Nueva Orleans cuando llevó su orquesta a los Estados Unidos y después lo indujo a darse de

alta con él en la banda del 4º Regimiento de Caballería, donde Juventino tocaba el trombón; Jesús Dávila, de México, tuerto del ojo izquierdo, que después fué el primer cornetín de la Banda de Zapadores; Juan García, de Amecameca, que tocaba la flauta; Joselito, el del contrabajo, cuyo nombre nadie recuerda; José Reina, que tocaba el bandolón, ciego de nacimiento y en torno del cual se agrupó la orquesta, y Juventino Rosas. Por más de un año el vals *Sobre las olas* solamente se tocó en Cuautepec, y hasta que Juventino Rosas volvió a México fué escrito el vals para piano por don Miguel Ríos Toledano, a quien le gustó mucho y fué el que le puso *Sobre las olas* y lo hizo popular con la Banda de Zapadores, de donde pasó a todas las bandas y orquestas populares, que se llamaban entonces "música para baile".

Actualmente llevan en Cuautepec el nombre de Juventino Rosas, una calle que va al río y una Escuela Primaria Superior, y en la casa de don Fidencio Carvajal una placa recuerda que allí vivió el compositor, donde se instalara el pequeño Museo Juventino Rosas, que hoy está en la Escuela, y cuya joya fundamental es un violín que fué comprado en el Repertorio de Wagner y Levien para que en él tocara Juventino Rosas, quien lo vendió al dejar el pueblo, a don Fidencio Carvajal, que es el actual propietario, según testimonio de todo el pueblo. El violín tiene una hermosa forma, está barnizado de color claro con un barniz indestructible, y adentro tiene la siguiente marca: *Antonius Stradivarius Cremonensis Faciebat Anno 1723 A T S.* Después de la información dada por la Prensa de México, de que ese violín fué perdido por el gran violinista Pablo de Sarasate al partir de México, no hay semana que no vaya algún violinista a sonarlo en Cuautepec y que no haga grandes elogios de su sonido purísimo, de su sonoridad y de su afinación. Pero el violín que existe en Cuautepec fué comprado en 1885, antes de que viniera Sarasate en 1890, y hay que respetar el testimonio de un pueblo sobre la adquisición.

El carácter jovial y emprendedor de Juventino Rosas le dió la primacía entre sus compañeros, aun cuando acabaran de conocerlo, y a los 16 años ya era director de una pequeña orquesta que tocaba en los Baños del Factor o del Amor de Dios, además de tocar dondequiera que había una fiesta urbana o campestre.

El compositor popular Miguel Lerdo de Tejada, que era muy joven en aquella época, se hizo presentar con Juventino Rosas, cuya orquesta tocaba las mañanas de los domingos en los Baños del Amor de Dios, y lo pinta como un joven muy simpático, de ojos negros y mirada viva, bigote negro

bajo una nariz fina y boca de sonrisa amable, rasgos que le daban una atracción personal reveladora de sus bellas cualidades de verdadero músico. Ya había compuesto entonces algunos bailes que lo hicieron popular, pero le agradaba tocar las composiciones de sus contemporáneos a la sazón en boga, y todas las piezas sonaban con una dulzura y un buen gusto que llamaban la atención y cautivaban a los oyentes. Ya entonces no era el sexteto de instrumentos citados, sino una verdadera pequeña orquesta integrada por unos veinte músicos y con todos los timbres que daban realce y colorido a las piezas que se tocaban y cuyo ritmo marcaban los timbales. Aún no se conocían en la orquesta los ruidos que después vinieron con tanta prodigalidad, y solamente bastaban los timbales con su rumor tolerablemente agradable para subrayar los acompañamientos.

La suerte premió al novel compositor y director de orquesta, pues don Santiago Vega, rico propietario de fincas urbanas que en su juventud tuvo el orgullo de ayudar pecuniariamente a la cantante Angela Peralta para que fuera a estudiar el bell'canto en Italia, pudo expensar en su vejez los gastos necesarios para que Juventino Rosas organizara una orquesta numerosa, y fuera a los Estados Unidos durante la Exposición de Nueva Orleans, a dar a conocer por primera vez la música mexicana ejecutada por una buena orquesta. De regreso de los Estados Unidos, en cuyas grandes ciudades fué su orquesta muy aplaudida, Juventino Rosas se lanzó a la vorágine de la vida mexicana, como todos nuestros artistas, y esto motivó que descuidara su carrera de músico director de orquesta, y fuera aislándose para no integrar sino pequeños grupos orquestales, como al principio, pues sin duda hallaba más placer en que sus composiciones fueran tocadas por otros y aplaudidas por todos. Desde un principio gustaron mucho las obras de Juventino Rosas, y la casa editorial de Wagner y Levien publicó los schottischs *Lazos de amor*, *El sueño de las flores*, *Julia*, *Salud y Pestañas*, *Juventina*; las polkas *Ojos negros* y *Carmela*; las danzas *Juanita*, *No me acuerdo*, *Qué bueno*; y los valses *Ilusiones juveniles*, *Josefina*, *Aurora*, *Amelia*, *Eva*, *Carmen*, *Ensueño seductor* y *Sobre las olas*. Este último vals fué el que le dió fama, pues si bien todas sus otras composiciones eran tocadas en nuestro país, en los pianos y por las pequeñas orquestas, el vals *Sobre las olas*, tuvo la fortuna de traspasar nuestras fronteras y de ser tocado en las pequeñas y grandes ciudades europeas y americanas. Hay que subrayar que no decimos norteamericanas, sino americanas, pues en la América Central y en la América del Sur, el vals de Juventino Rosas ha sido tan popular como en los Estados Unidos del Norte. En algunos países

han aparecido, en diversas épocas, ediciones de ese vals firmadas por otros nombres; pero hoy se sabe dondequiero que el autor verdadero es Juventino Rosas, y la popularidad de que ha gozado en varios países quiere decir que las mayorías de todos los países tienen idéntico gusto melódico, cuando una melodía sencilla hace vibrar su sentimentalidad.

Fué en esta época turbulenta de su vida cuando Juventino Rosas tuvo una aventura que estuvo a punto de ser trágica al volver de los Estados Unidos, donde conoció a una bellísima norteamericana que quiso ser su esposa y que se paseaba con el mexicano, quien la respetó caballerosamente, hasta que al fin se despidieron y se separaron. Pero al volver a su tierra se encontró con que su amigo Trinidad Moreno, compositor popular de piezas de música tan bellas como la mazurka *Tarde azul*, había enamorado de una muchacha llamada Aurelia que había sido amante de Juventino Rosas y que al partir para los Estados Unidos prometió esperarlo y serle fiel. Juventino fué a buscálos para pedirles cuentas, y entonces Trinidad Moreno, que amaba al compositor fraternalmente, le presentó un revólver para que lo matara por haberle hecho traición, y Aurelia se hincó pidiéndole que la matara a ella, porque ella era la culpable. Juventino se emocionó, les dijo que vivieran felices, los perdonó y se alejó, para llevar una vida de vorágine en la que fué perdiendo su salud y su fama de compositor popular.

La vida de artista de Juventino Rosas fué fecunda en episodios pintorescos. Su conjunto orquestal rivalizó con las orquestas populares de su tiempo. La Orquesta Sinfónica de México estaba en formación. Solamente existía la Orquesta del Conservatorio para los actos oficiales y más tarde aquélla se concretaría a dar una temporada de conciertos cada año. Así es que a las fiestas mundanas iban a tocar pequeñas orquestas que gozaban de popularidad como la Orquesta de Juventino Rosas, pues las orquestas de los teatros, como la del Teatro Principal, que duró muchos años, solamente tocaban en ellos. Pronto el vals *Sobre las olas* fué el vals por excelencia popular de su tiempo. “El vals triste y vulgar del mexicano, que hablaba poco y suspiraba mucho”, según la expresión del poeta argentino Leopoldo Lugones, y que fué compuesto en el pueblo de Cuautepec, donde brota un hermoso riachuelo que yo he visto, por lo que Juventino Rosas llamó primero a su vals *A la orilla del arroyo*, como hemos dicho, tenía el don de hablar a cada alma, ya sea juvenil o en el otoño de la vida, de tristezas o de alegrías, de esperanzas o de recuerdos, con la sencillez de la ingenuidad expresada en melodías dulcísimas, y éste fué el secreto de su

popularidad. Pronto aparecieron ediciones del vals hechas en otros países, y es curioso recordar un episodio de la edición que más tarde hiciera en México la casa editorial Otto y Arzoz, que alegó que era un vals universal que podía reproducirse dondequiera, puesto que no era propiedad de nadie, y entonces la casa editora Wagner y Levien puso en sus escaparates, encuadrado en un marco, el documento por el que constaba que Juventino Rosas había recibido de dichos editores la cantidad de dieciocho pesos por la cesión de la propiedad de su vals *Sobre las olas*.

El azar hizo que Juventino Rosas se diera de alta como músico en la banda del 4º Batallón, y recorriera buena parte de la República enrolado en el servicio militar. Coincide esa época de su vida con la visita que hicieron a México el violinista Pablo de Sarasate y el pianista Eugenio d'Albert, que dieron una serie de conciertos en el Teatro Nacional, y se ha dicho hace poco que el primero había perdido un violín Stradivarius que ha sido encontrado en el pueblo de Cuatepec, donde pasó su adolescencia Juventino Rosas. Ese violín bien pudiera ser uno de los muchos que llevan la firma apócrifa de Stradivarius, pues el violín Stradivarius que tocaba Sarasate era de la corona de España; la reina Isabel II lo había facilitado al grande artista para que lo usara durante su vida, y a la muerte de Sarasate volvió a la corona y pertenece hoy a la República Española.

Pronto pudo Juventino Rosas darse de baja en el ejército y ya libre aceptó formar parte como primer violín en la Orquesta Italo-mexicana, organizada por el maestro Bancuilli, que partió para la Isla de Cuba, donde Juventino enfermó gravemente en Batabanó y la orquesta se disolvió. Hay un detalle desgarrador en estas postrimerías de su vida. Sintiendo que su fin se acercaba, su más ardiente deseo era venir a morir a México, y para lograrlo copió cuidadosamente, con mucho trabajo porque estaba agotado por su enfermedad, en una efímera convalecencia, la última pieza que había compuesto, y confiado en el renombre de que gozaba en México, escribió a Louis David, jefe del Repertorio Wagner y Levien, que le hiciera la gracia de enviarle quinientos pesos para poder repatriarse, y que ya en México, se dedicaría a componer piezas hasta reintegrar el préstamo; y aquel judío le contestó que "revisada su cuenta en el Repertorio, todavía estaba debiendo seis pesos noventa centavos". Felizmente un cubano de corazón, don Isidro Albayna, miembro del sindicato de esponjeros del Surgidero de Batabanó, visitó en el Sanatorio El Rosario y cuidó con cariño a Juventino Rosas, hasta que éste murió el 13 de julio de 1894.

Más tarde, a propósito de la fiesta que celebró el Museo Nacional de

Méjico el 21 de febrero de 1931 para recibir el último violín de Juventino Rosas, traído por don Vicente Garrido Alfaro y cedido galanamente por don Isidro Albayna, *El Mundo* de La Habana publicó las siguientes líneas de una entrevista celebrada pocos días después con el doctor don Félix Duarte, Director de la Escuela Primaria Superior de Batabanó y que reproducimos en seguida:

“En una conferencia que pronuncié en la Escuela ‘República de Cuba’ de Méjico, aludí al arribo a las playas cubanas, ya enfermo, herido de muerte, de Juventino Rosas, el inspirado compositor e intérprete mexicano, autor del famoso vals *Sobre las olas* que ha dado la vuelta al mundo y que han oído en todos los países, convirtiéndose en música popular, e incorporando muchos de sus ritmos a la composición local. Estaba ahí el poeta Garrido Alfaro, quien sugirió la posibilidad de que fuese reintegrado al seno de la patria mexicana el violín de Rosas, como antaño habían sido devueltos sus restos gloriosos.

“Yo sabía quién era el guardador de la preciada reliquia. Conocía la devoción con que era cuidado en su casa, el sitio de honor que tenía en aquel hogar humilde de posición, pero de elevada preeminencia espiritual. ¿Querría despojarse de su tesoro el feliz poseedor? Para el fin que nos proponíamos, seguramente que sí. En tal forma lo anuncié al señor Garrido Alfaro y éste convino en visitar nuestro país. Aquí volveríamos a tratar sobre la posibilidad asentada. En efecto, el desprendimiento del señor Albayna hizo posible la realización de todos aquellos bellos proyectos, llamados a constituir un eslabón más en la cadena de afectos que une a los dos países.

“Y en una tarde memorable, con la asistencia del señor Embajador de Méjico y de las autoridades de Batabanó, se llevó a cabo la entrega del violín.

“Yo estoy empeñado en escribir la historia de Batabanó. Tal apasionamiento me ha llevado a la posesión de documentos muy interesantes. Entre otros, conservo la colección del periódico local *La Opinión*, donde se han publicado datos valiosos en relación con la muerte de Rosas. Este llegó al Surgidero formando parte de la Orquesta Italo-mexicana, a fines del mes de junio de 1894. El día 28 de ese mes, Manuel Torres, Alcalde de Barrio, solicitó su ingreso en la Quinta de Salud El Rosario, de la cual era Director el doctor José Manuel Campos Martínez. Le correspondió a Rosas el número de ingreso 1,465, ocupando la cama número 15. El Director lo asistió en la sala de distinción, rodeándose de las mayores aten-

ciones al enfermo, que padecía de un agudo ataque de mielitis, cuyos progresos eran alarmantes, al extremo de fallecer el día nueve, a las cinco de la tarde, del mes de julio. Dió cuenta del fallecimiento en el Registro el practicante de farmacia don Francisco Herrera Santana, quien expuso la filiación del desaparecido: Juventino Rosas y Cárdenas, hijo de Jesús y Paula, de 28 años y natural de la Villa de Santa Cruz, México. Por disposiciones del Alcalde y Vice Presidente del Centro de Pescadores y Artisanos, según rezan los papeles de la época, se dispensaron los mayores honores al cadáver. Un grupo de señoritas concurrió al sepelio. Se le ofrecieron infinidad de coronas de flores nautrales y de biscuit. Los habitantes de la pequeña población costera volvieron su ternura sobre el cadáver de aquel pobre joven, venido del país hermano para alegrar la monotonía de sus veladas, y que en lugar de conquistar aplausos, desde su atril de la orquesta, había encontrado la muerte.

“Hasta el año 1909, aquellos restos durmieron el sueño de la paz en el cementerio de Batabanó. En ese año fueron trasladados para la patria mexicana, en una ceremonia de que participó nuevamente el señor Torres, antaño Alcalde, y en esa fecha Agente Consular de España.

“De Juventino Rosas sólo quedaba el recuerdo de su muerte y el instrumento de su gloria. De aquella juventud pujante, caída en la encrucijada de la muerte, cuando menos lo esperaba, quedará la historia trasmisida como una tradición pueblerina de padres a hijos, y la satisfacción de haber cumplido con nuestro deber de cubanos, haciendo verdadera obra de fraternal panamericanismo, con la devolución de la preciada reliquia”.

“Y como interrogáramos al señor Albayna sobre los motivos que lo indujeron a cuidar con tanto amor del violín, y prestarse después a desprenderse de la valiosa alhaja histórica, nos responde:

“Yo recordaba siempre la acogida cordial que México había dispensado a nuestro Heredia, colmándolo de honores. Me parecía que en mi condición de cubano había una gran responsabilidad histórica, y que en mi humilde persona, Cuba, en parte, estaba llamada, si no a pagar esa deuda de gratitud —porque para las obligaciones del espíritu no hay moneda corriente— al menos devolver con otra una obra de ternura”.

Reciente está la ceremonia que se efectuó en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía para recibir el violín de Juventino Rosas, y que fué presidida por el doctor Alejandro Cerisola, Subsecretario de Educación, a quien acompañaron el Jefe del Departamento de Antropología, ingeniero José Reygadas Vértiz y las autoridades del Museo y se

recitaron versos de Rubén M. Campos, se leyeron discursos y se tocó y se cantó el vals *Sobre las olas* por un orfeón y una banda militar, separadamente. Pero lo que va olvidándose y hay que recordar, es la traslación de los restos de Juventino Rosas, de la tierra cubana a la tierra mexicana, para que en ella descansaran definitivamente. La Sociedad Mexicana de Compositores, que se había fundado en 1909, tuvo la idea de traer los restos, y ayudada por el popular periodista Miguel Necoechea, logró que el Gobierno Cubano viera con agrado la iniciativa; obtuvo del señor Gerente del Ferrocarril de Veracruz su propio carro de lujo y trasladóse a Veracruz una comisión integrada por Ernesto Elorduy y Miguel Lerdo de Tejada, por la Sociedad Mexicana de Compositores; Salvador Pérez, por la Sociedad Felipe Villanueva, y Carlos Serrano, por la Secretaría de Educación Pública.

Las autoridades cubanas, por su parte, delegaron al señor doctor don Carlos Manuel García, para que trajera a Veracruz y entregara los restos, ceremonia que se efectuó en la casa del señor García, quien dijo un elocuente discurso que contestó el maestro Elorduy, muy emocionado. Concurren a la ceremonia las primeras autoridades y distinguidas familias de la ciudad; en los intermedios las bandas tocaron composiciones de Juventino Rosas y en medio del entusiasmo popular el vals *Sobre las olas*, y los niños del Hospicio Zaragoza cantaron sentidos trozos musicales. El carro lujoso del tren, una vez recibidos los restos, sirvió de capilla ardiente, y por él desfiló toda la noche el pueblo veracruzano, pobres y ricos, para reverenciar los restos, que estaban encerrados en una urna de cristal, la que estaba adentro de otra urna de mármol. Cuenta Miguel Lerdo de Tejada que un obrero alijador del puerto, al tocarle su turno de desfilar, levantó en sus brazos a un niño de ocho años y le dijo en alta voz: "Mira, hijo, los restos de un hombre del pueblo, de humilde condición como nosotros, que supo distinguirse para honrar a su Patria y a quien hoy le tributamos los honores debidos".

Al amanecer fueron despedidos los restos por las autoridades del puerto y numerosas personas, y en la travesía fueron honrados con manifestaciones populares. En Orizaba el poeta Rafael L. y Carvajal habló y depositó sobre la urna ofrendas florales. En el Fortín, grupos de señoritas distinguidas depositaron coronas y ramos de flores, y en casi todas las demás estaciones numerosas personas esperaban descubiertas el paso del tren, y varias comisiones subían a depositar ofrendas florales que llenaron el carro. A las siete de la tarde llegó a la capital el tren de Veracruz, que con-

ducía en el carro especial los restos del compositor y la comisión que los acompañaba, y fueron recibidos por otra comisión de compositores representada por Julián Carrillo, Manuel Berrueco y Serna y muchos otros, y al entrar el tren en la estación las Bandas de Artillería y de Policía ejecutaron cada una, a su vez, la marcha fúnebre de Chopin.

Jamás se ha visto una muchedumbre tan copiosa, pues se calcula en unas tres mil personas que llenaban los andenes del patio de la estación, la plaza y las calles adyacentes, en su mayoría integrada por las clases populares, entre las que era muy amado Juventino Rosas. Una vez organizado el desfile, a cuyo frente iban las comisiones del Conservatorio, de las Escuelas Superiores, de las Sociedades Artísticas Literarias y Musicales, los músicos de todas las bandas de la plaza, y por último los miembros de la Comisión de la Sociedad de Compositores que rodeaban la urna que contenía los huesos, llevada en hombros de cuatro de sus miembros, se dirigió el cortejo al Teatro del Conservatorio, donde fueron depositados los restos y las Bandas de Policía y Artillería tocaron el vals *Sobre las olas*. A las ocho de la noche dió principio la velada en el teatro del Conservatorio, ante numerosísima concurrencia que se desbordaba a la calle y a los patios, y en ella, además de un poema escrito por el poeta José F. Elizondo y de bellos números musicales, fué leída la siguiente oración fúnebre de Juventino Rosas, escrita por el autor de estas líneas:

“El artista que hoy tardíamente glorificamos era el alma popular de nuestra raza; era un cancionero obscuro que ritmaba el alma de la patria. Para él no se abrieron las aulas en su niñez, sino el cielo donde gorjean las aves. Estudió el concierto polifónico de las músicas de la naturaleza, del cual formaba parte, y, por tanto, él era solamente una voz, una melodía, un canto fresco y sonoro, desnudo de las galas del contrapunto, pero dotado de una juventud inmortal.

Al lado de los polifonistas él era una nota errante y melancólica, perdida en el infinito del arte. Pero esa nota era de oro, y al lado de los polifonistas ha corrido el mundo, haciendo inmortal el nombre de Juventino Rosas. En las ciudades latinas, en las ciudades eslavas, como en las tudescas, dondequiera que se vive, dondequiera que se goza, dondequiera que se sueña, dondequiera que se ama, se escuchará esa bella invitación al vals que se llama *Sobre las olas*.

Dondequiera que se vive, porque ese canto es vida y alegría, gorjeo y alborada; dondequiera que se goza, porque es explosión de placer y burbujeo de champaña, embriaguez de juventud y risas de oro de sirenas;

dondequiera que se sueña, porque lleva la nostalgia de América y la pensativa tristeza de una raza vencida a la que tenemos el orgullo de pertenecer y el honor de rehabilitar; dondequiera que se ama, porque ese canto es de amor y surgió de un corazón adolescente cuando era bueno y puro, cuando no había sido manchado ni sacrificado por las miserias de la vida.

Nos congregamos a honrar al pueblo mismo porque honramos a un hijo del pueblo. Esta manifestación única en honor de un artista popular, es la recordación de que amamos lo bello en su primitiva candidez, de que cultivamos ese amor en sus más sencillas manifestaciones, porque sabemos bien que los arroyuelos van a formar la riada cuando el caudal sea bastante fuerte y raudaloso. El alma popular la forman los romanceros y los trovadores, los músicos melodiosos, que sin más tesoro que su inspiración franca y libre, componen los bellos temas de las futuras sinfonías. Después vendrán los pulimentadores, los artífices cultos que bucean en busca de esas perlas para engarzarlas en joyeles preciosos. Lo esencial es que existan las perlas. Las nuestras duermen todavía, esperando que vengan los magos, los evocadores que, como Grieg en Noruega, Dvorak en Bohemia, Gade en Dinamarca, Granados en España, "los cinco", Borodine, Rimsky-Korsakow, Balakirew, Cui, Moussorgski, en Rusia, hagan la música nacional, el rebuscamiento de los cantos populares para pulirlos, engastarlos y realzarlos en oro cual si fuesen piedras preciosas. Pero eso vendrá más tarde. Somos un pueblo joven, necesitamos aún de los creadores de esa musa popular, alentarlos, amarlos, comprenderlos, estimarlos, no dejarlos emigrar y morir en la desgracia, ser para ellos lo que la creación para el pájaro que canta, que el árbol que le da el abrigo, el trigal la mies madura, el arroyuelo el agua del cielo, el sol el calor, para que, como la flor del campo, "no trabaje ni hile" y, sin embargo, vista con más esplendor que Salomón, según la expresión del Nazareno; para que sea alegría de la tierra madre, cascabeles jubilosos del placer del vivir, caracoles sonoros que guarden el murmullo del oleaje humano, ecos vibrantes de las musicales de las esferas celestes, quejas vivientes de los pesares de los hombres, canción para alegrar el viaje en el camino de la muerte.

Todo eso fué ese cancionero cuyos huesos repatriamos hoy en un impulso popular de piedad, en un deber tardío y generoso que nos hace ofrecer una sepultura patria a los huesos del desterrado. Fué un desterrado de la felicidad en vida, un pobre obrero del arte que alegró, sonoro y vacío como su violín, las bodas del prócer mientras el prócer se congestionaba.

Y huyendo enfermo y horaño del festín de la vida, donde su música se evaporaba embriagadora como el champaña, peregrinó en busca del espejismo de la felicidad, que cuando va alcanzarse huye más lejos. ¡Inútilmente! Juventino Rosas, heredero de la fatalidad de dos razas fusionadas en un solo dolor, era el espectro viviente del infortunio, era el bohemio olvidado de sí mismo, arrebatado en el turbión humano, a la merced de todas las injusticias, porque la vida es lucha, y para que haya vencedores fuerza es que haya vencidos.

No pidáis clemencia para los antílopes necesarios a la voracidad humana.

Para que sean salvos preciso es que huyan ligeros como el viento al través de la estepa. No quedará entonces al alcance del puma hambriento sino el deleitoso olor de la presa en salvo.

Pero el artista era un soñador indolente y atávico. Representación genuina de nuestros cancioneros incultos en su arte, y tan profundamente despreciadores de la gloria y de la fortuna como pródigos de su vida, pasó efímeramente en la tierra como una cigarra sonora que exhala su alma en su canto, que vive de rocío, ebria de sol y primavera, extraña a la laboriosidad que fabrica panales y construye ciudades, divinamente asordada con la música de sus élitros para no oír el rumor de las alas del tiempo, sin más misión que labrarse con su propia vida una mortaja de la que surgirá una ninfa para metamorfosearse en un nuevo hemíptero canoro.

Nos lo representamos perseguido por la miseria, despreciado y olvidado, pero nos olvidamos de que él vivía de sus sueños. La naturaleza puso en los artistas ese divino consuelo de vivir de ensueños, de vivir la vida de su arte, ajenos a la vida arrolladora que los desecha o los arrastra. Ese artista obscuro que veis pasar insomne por la calle va soñando una melodía que la humanidad no escucha como él, cual si un geniecillo alado la vertiera en su oído para inundar su alma de estrellas. Y así pasó Juventino Rosas por la tierra, confortado con un bálsamo que los demás hombres no saben, orgullosos de sus triunfos de audaces, merecer de los dioses.

El artista trae consigo una fuente perenne de consuelo y de renacimiento a la esperanza. Y esa divina fuente fué la que brindó su murmullo y sus linfas puras al compositor desgraciado. A su dulce frescura ignorada y conocida por él tan sólo, pudo atravesar ledamente el sendero florido, porque a su paso los abrojos se apartaban, menos crueles que los hombres, y las gramíneas daban su olor para alegrar al pobre músico. Como

en el *Canto del cisne* de Tolstoi, “era el mejor y el más feliz”, mientras la nevasca de la vida caía sobre su sueño como un sudario libertador... .

Corriendo los años, un grupo de artistas, sus hermanos, los compositores mexicanos, como un homenaje fraternal al que fué pobre y luchador como ellos, gestionarían la repatriación de sus huesos, y un antillano culto, representante de la educación cubana de las Bellas Artes, iría en nombre de la joven República a entregar los restos de Juventino Rosas para que vinieran a reposar en la tierra madre. De Juventino Rosas no queda sino ese puñado de cenizas.... Pero su alma flota y vive en su música melodiosa, en la alegría sempiterna de la vida que recogió en su espíritu abierto como una flor para que fuera fecundado con el sagrado polen del arte, y derramara su fragancia en notas áureas, arrulladoras del sueño de los tristes que se levantarán de tu sepulcro, ¡oh músico ignorado y gozado en tu música padecedora y bella!, dondequiera que se vive, dondequiera que se goza, dondequiera que se sueña, dondequiera que se ama, porque tu música es amor y consuelo y embriaguez y deleite, y traspasará las fronteras y las distancias en las alas de la gloria sobre los años, sobre los vientos, sobre las nubes, sobre las nieves, sobre las brumas, sobre las olas!....”